

Entre el rencor y la inquisición

ANTONI PUIGVERD

LA VANGUARDIA, 18/05/2009

Sostenía Montaigne que la tristeza se alimenta, más que de una desgracia objetiva, de "voluntad, consentimiento y complacencia". La complacencia en lo mal que van las cosas atenaza desde hace tiempo a la sociedad catalana. No son pocos los factores que invitan a la decepción. En lo económico, Catalunya ha perdido liderazgo y su histórica burguesía está muy desfibrada. En lo político, lleva años atrapada en un empate. Para deshacerlo, los partidos del catalanismo transversal, sobreexcitados, han conducido al país a batallas imposibles. Y ahí están: emborrachándose con el cáliz de la amargura (a falta todavía de los tragos que impondrá el Constitucional). Una borrachera de tal calibre ha necesitado, naturalmente, de formidables apoyos externos: el nacionalismo aznariano (del que Mayor Oreja, cofundador, dio cumplida muestra el otro día al identificar lengua catalana con incultura). En lo social y cultural, Catalunya es una sociedad compleja y desarticulada. Pero, por fortuna, no separada en trincheras: a pesar de los constantes intentos intelectuales y políticos de levantar barricadas internas.

Pobre, lo ha sido Catalunya en muchos periodos históricos. Políticamente incompetente, también. Y no digamos dividida. No hace falta describir los tiempos de la Busca y la Biga o de los 'nyerros' y 'cadells': bastará evocar los brutales incendios de 1909 (Setmana Tràgica), las matanzas de 1936 y las venganzas de la posguerra. Los problemas de la Catalunya de hoy son distintos, pero no mayores que los de otros tiempos.

Aunque, ciertamente, la ilusión de una esfera catalana completa y autosuficiente, a salvo de los vientos de la historia, que años atrás pareció posible, se ha roto. En mil pedazos. En realidad, se ha roto en todo el mundo la ilusión de las esferas nacionales: la presión uniformadora global y las grandes corrientes migratorias empujan en sentido opuesto.

Precisamente, las oleadas migratorias de los últimos años están agudizando, en muchos ambientes catalanistas, la percepción y la angustia del final. Del final de la catalanidad. En el corazón del nacionalismo de raíz romántica es muy intensa la percepción de que la lengua catalana está herida de muerte y que agoniza la visión del mundo que tal lengua destila. Dicha percepción es muy común en otras partes de Europa. En la otrora poderosísima Francia, sin ir más lejos. Los huracanes del presente parecen estar derribando las murallas más fuertes.

La angustia catalana provoca gran satisfacción entre los que consideran una insoportable anomalía la existencia en España de otras lenguas aparte del castellano con pretensiones de igualdad. Hijos también del romanticismo, estos nacionalistas españoles libran sin disimulo la batalla definitiva: el pulso decisivo para culminar la España homogénea.

No estoy describiendo el cuadro político, sino esbozando el impreciso perfil de las corrientes que se reparten la hegemonía en Catalunya y España, respectivamente: un catalanismo cada vez más melancólico y un contundente nacionalismo de matriz castellana (que juega a confundir lo cívico con lo mayoritario). No es extraño que, en este contexto ideológico, el PP, con todos sus problemas, sea el partido más musculado

de España: al PSOE no le queda más remedio que seguir su estela patriótica y sólo puede ganarle agrupando a los descontentos y tensando al electorado con dilemas morales.

Sugería Montaigne que la tristeza era una enfermedad morbosa. A veces el enfermo de melancolía contrapesa su tristeza con el sarcasmo. Los silbidos de Mestalla contra el Rey y el himno español responden a esta actitud, que se generaliza tontamente en Catalunya. Deberían preguntarse los líderes culturales y políticos del catalanismo si no han entronizado la pataleta como único gesto catalán posible. ¿En el horizonte catalán ya sólo queda el silbido y la tristeza?

Un joven entrenador de fútbol, Guardiola, ha señalado otras vías. Ante las dificultades, unidad. Ante la adversidad, esfuerzo y aplicación. Para salvar los obstáculos, no improvisación ni visceralidad, sino estudio y rigor. Y para combatir los demonios internos: liberar el talento, fomentar la mutua generosidad. No sabemos si Catalunya tiene futuro, pero sabemos que regodearse en la tristeza y en la cox del asno resentido no lleva a ninguna parte.

Tampoco, por cierto, lleva a ninguna parte describir los silbidos como crímenes. Una cosa es lamentar la disidencia y otra muy distinta es condenarla y reclamar su prohibición. Silbar es tan democrático como aplaudir. La mayoría sentimental española es más débil de lo que aparenta si reacciona con este prurito inquisitorial.